

Cenizas y rosas

Colección Cloto

Cenizas y rosas

Charo Jiménez

Primera edición, octubre 2020
© Charo Jiménez, 2020
© Triskel Ediciones, 2020

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ISBN: 978-84-122574-0-3
Depósito Legal: SE 1573-2020



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5
41009, Sevilla, España
triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Ilustración: Verónica Navarro
Diseño cubierta: Triskel Ediciones
Impresión: Gráficas La Paz

EDITADO EN ESPAÑA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*¿Qué te dimos en vida?
Te llamábamos
a veces por tu nombre
para decirte lo que nos dolía,
para pedirte cosas,
para quejarnos
del frío
—como si fueses responsable del
invierno—
O para preguntarte, suspicaces,
en dónde habías guardado esto o lo
otro.*

*Pero
¿qué te dimos realmente?
¿Qué habiéramos podido haberte
dado a ti, que no pedías,
que parecías no necesitar nada
más que estuviéramos allí,
llamándote
a veces por tu nombre
para pedirte siempre:
—danos, danos—.
Acaso amor,
esa palabra impronunciable,
impura.*

*Porque lo extraño es que tal vez te
amábamos,
pienso que te amábamos.
¡Ah, sí, cómo te amábamos!*

*Presenciamos inmóviles tu vida
y ahora, frente a tu muerte,
se nos vienen de pronto todas esas
palabras
que no escucharás nunca.
En serio, Ángel González*

*Las manos de los huérfanos son de algodón hueco, tienen los
huesos de papel.*

Cuaderno de San Lorenzo, Francisco Gallardo

*Viviremos. Mientras haya quien nos recuerde, nos añore, nos sue-
ñe, viviremos.*

Para Víctor, Raquel, Cristina, Pablo, María, Elio, Carlos.

EL ABUELO

Qué hora será, desde luego ha amanecido, ahora, si debo levantarme ya o todavía es pronto, no tengo ni la más remota idea, y además, a qué estamos, ¿hoy es domingo?, no sé ni en qué día vivo, ayer fui al despacho, creo, será sábado entonces, ¿o fue anteayer?, y dónde está Marga, ¿ya está danzando esta mujer?, capaz es, capaz y capataz, espera, viejo, para, no te columpies, esta cabeza te trae por la calle de la amargura, después vienen los hijos y ponen cara de póquer cuando les preguntas estas cosas, ah, ya, es verdad, soy un viejo, estoy jubilado y mi mujer muerta, maldita sea, cómo te echo de menos, Marga, pero es lo que hay y de nada me va a servir disgustarme tan temprano, intentemos recordar el nombre de la mujer esta que me atiende, la que me hace todas las cosas que ya no puedo hacer solo, bah, eso es lo que me dicen mis hijos, que ya no puedo, aunque a mí me parece que exageran, que sí, que ya lo sé, que me caigo algunas veces, pero tampoco es para tanto, digo yo, todo el mundo se tropieza, ¿o no?, el caso es que no me dejan ni cagar solo, ¿hay derecho a eso?, se me planta en la puerta del cuarto de baño la mujer esta, de cuyo nombre ahora ni me acuerdo ni sé si quiero acordarme, y erre que erre cada dos minutos con la dichosa preguntita: ¿*Terminado, abuelo?*, No, y otra vez, ¿*Terminado ya, abuelo?*, No, y otra más, ¿*Ya terminado, abuelo?*, ¡Que no, coño!, quién puede cagar así, a ver, que me lo digan estos hijos míos tan pesados, a ellos los quisiera yo ver, ¡ja!, que sí, que ya lo sé, que lo hacen por mi bien, porque me quieren y se preocupan por mí, pero quién aguanta esto, ¿eh?, ¡no voy a estar

estreñido!, yo y cualquiera en mis circunstancias, hombre, que ya está bien, y después lo quieren arreglar todo con los puñeteros sobres esos que me obligan a tragar, que están más malos que el aceite de ricino, que no se enteran, que esa no es la solución, que me dejen hacer mis necesidades solo y ya verán si largo fiesta, bueno, pues tendré que llamar a esta mujer porque me estoy meando, ah, sí, la campanita, hala, empieza la función, ya viene.

Buenos días, abuelo, ¿duermes usted bien?, Buenos días, sí, quiero levantarme, *¿Quieres pipí?*, Sí, quiero hacer pipí, le marco fuerte el acento de la última "i" a sabiendas de que no sirve de nada, que tiene la mujer muy mal aprendidas algunas palabras y no hay manera de que las diga bien, cómo se llamaba esta, empieza por A, no, no, por L, ¿Lydia?, no me suena, ¿Lourdes?, veo, veo, ¿qué ves?, una cosita, ¿y qué cosita es?, empieza por la... ah, no, por la S, es Silvia, bah, tampoco, cómo me voy a acordar, con todas las que han desfilado por aquí. Cómo te llamabas tú que ahora mismo no... *Sofía, abuelo, soy Sofía*, Ah, eso, Sofía, Sofía, Sofía, repito intentando grabarme a fuego su nombre en esta memoria mía caprichosa, aunque por dentro lo que me sale es ¡Sofea, Sofea!, mi hija Beatriz me riñe cuando se lo digo, *Papá, por favor, ni se te ocurra llamarla así*, Bah, qué más da si no se entera de un pimiento, *¡Papá!*, Que vale, que no se lo digo.

Sofea quita la baranda que se empeñan en ponerme en la cama para que no me escape, me ayuda a incorporarme, me pone el bañín y me calza las zapatillas, me agarra por debajo de los hombros, ¡Ay, no me cojas tan fuerte! *Ya, abuelo, ya*, y empieza a contar, *¡Uno, dos y...!* Tres, digo yo como si fuera un parvulito, *¡Bieeen!*, sigue ella, qué vergüenza, que se cree que soy un niño chico, vamos, a que... bueno, mejor me porto bien que después se lo cuenta todo a los chicos y me gano la bronca, Sí, bien, pero vamos rapidito, que me meo, avanzamos por el pasillo como un paso de Cristo nazareno, a pasito corto, racheo de pies, itos por iguá, valientes!,

alcanzamos la primera estación de penitencia sin ningún percance, me sujeto con las manos al lavabo porque se cree que si no pierdo el equilibrio y me caigo, me baja el pantalón del pijama, me quita el pañal, que está seco, ¡eh!, pero seco, seco, que yo no sé para qué se empeñan en ponérmelo, pero como ya no cuenta mi opinión pues a gastar, hala, ellos sabrán, y por fin, me sienta en el váter, ay, Señor, Señor, a lo que hemos llegado, Sofea se retira un poco y va preparando todo lo necesario para la ducha, abre el grifo, porque el agua tarda un rato en salir a buena temperatura, humedece la esponja, acerca las toallas, una de baño para el cuerpo y otra de lavabo para la cabeza de manera que quede bien tapado y no coja frío, y lanza la preguntita de marras, le contesto, Sí, ya terminado, *¿No quieres caca?*, Mujer, como querer, quiero, pero no sale, *Vale*, a ver si lo consigo más tarde porque si no sobrecito para el buche, que ya me lo estoy viendo venir y no me libra nadie, ¡esto es más grande que Barcelona!, entro en la ducha con su ayuda, ¡Quema!, *Ya, abuelo, ya*, Sí, ya, pero ya me he quemado, regula el agua y me deja la alcachofa, sí, este es uno de los mejores momentos del día, sentir los chorros de agua cayendo por la cabeza, la espalda, el culo, las piernas, hasta alcanzar los dedos de los pies, oh, sí, cómo me calma y me alivia esa sensación, me siento incluso fuerte, la mujer, cómo se llamaba, bueno, la mujer me enjabona la cabeza, el cuello, el pecho, la espalda, los sobacos, la barriga y, cumpliendo con lo que le ha dicho Beatriz, me pasa la esponja para que yo me dé en mis partes, es uno de los pocos privilegios que aún conservo, vuelvo a pasársela y ya remata la faena con las piernas y los pies, me enjuago y ella respeta ese momento de felicidad, también indicado por Beatriz, me seca, yo colaboro como malamente puedo, que no se deje ningún pliegue, que después pasa lo que pasa, hay que extremar el cuidado debajo de los brazos, en las ingles y entre los dedos de los pies, hay que reconocer que la mujer es eficiente, no como sus antecesoras, que vaya ralea, ya no me acuerdo muy

bien..., sé que había una muy bruta, que yo les decía a los chicos, esta no va a parar hasta que acabe conmigo, y ellos se reían, claro, como no estaban aquí para verlo, y los cardenales que yo tenía, qué, acaso no eran suficiente prueba, después vino esa jovencita que a mí me gustaba, la verdad sea dicha, una melena negra ensortijada, ojos grandes también oscuros como la noche, buena delantera, que yo no miraba por respeto, y una voz muy melosa, era cariñosa la chavala, algunas veces me parecía que yo le gustaba, hombre, el que tuvo, retuvo, pero vamos, que yo soy un caballero, recto de pies a cabeza, a mí no me lo han dicho, pero creo que la echaron porque tenía la mano muy larga, vaya plan, no he querido ni preguntar qué se llevó, en fin, creo que después vino la delicada, o esa fue antes, qué sé yo, y además qué más da, el caso es que decía, la delicada, que no podía dormir porque el frigorífico hacía mucho ruido, los chicos compraron uno nuevo, estaban ya hartos del desfile de cuidadoras, cuando ya el frigorífico no era el problema, era el reloj de pared, le quitaba por las noches la pila, y el acabose fueron mis ronquidos, eso sí que no tenía solución como no me rebanara el cuello mientras estaba dormido, tampoco es que me importara mucho, ni mucho ni poco siempre que el tajo fuera definitivo, me contó que de chica su madre le daba bocados en la cabeza, vaya usted a saber, que la mujer no estaba muy católica, y la de ahora, pues bueno, sabe media papa de español, pero tiene interés, al menos por ahora, aunque a mí no me quita nadie de la cabeza la idea de que puedo estar solo, Cómo me has dicho que te llamas, me sienta, me echa la crema y me ayuda con la ropa, camiseta interior, camisa, jersey, calzoncillos, pantalones, calcetines y zapatillas, una vez vestido, me pasa el peine y me peino yo, otro privilegio, nadie sabe hacerme bien la raya, por último me coloca las gafas, le doy las gracias, siempre me ha gustado ser agradecido, y el nazareno regresa a su altar de la paciencia, me pone la tele, a esta hora hay una serie de policías que me entretiene, y ya a poca

cosa más parece que puedo aspirar, a quedarme embobado con los anuncios, a enterarme de los chismes de los famosillos, aunque eso casi no lo soporto, y de vez en cuando a disfrutar de una buena película del oeste, siempre me gustaron los puñetazos y los tiros, la verdad, el caso es echar horas fuera, anda, ya está aquí el desayuno, el descafeinado muy caliente y el pan poco tostado, bueno, me callaré que el día es muy largo, *Abuelo, tú tomas pastillas*, Esas son muchas, ¿no te habrás equivocado?, esta cuál es, *Abuelo, es bien, hecho Beatriz*, Ea, pues para dentro, más vale no pensar, total lo peor que puede pasar qué es,irme para el otro barrio, pues vamos que nos vamos, bueno, a ver si me acerco hoy al despacho y resuelvo unos asuntillos pendientes y después que sea lo que Dios quiera, Ahora cuando termine, me traes los zapatos, que tengo que salir, *Abuelo, dónde*, Oye, pero tú, qué pasa, que te tienes que enterar de todo, *No, abuelo, yo ir donde tú quieres*, Y dale, que voy yo solo, tengo que trabajar, tú esperas aquí, *No, abuelo, solo usted no puedes, trabajo no, anda, comes usted*, Mira, que no me mangonees tanto, trabajo sí, solo sí podo, y no quiero enfadarme, mujer, ya está bien, ¿qué te crees que soy, un niño chico o que estoy tonto?, *No, abuelo, no enfades usted*, Pues no me provoques, *Vale, abuelo, terminas desayuno*, Ya terminado desayuno, ¡hala!, *Todo, abuelo*, Y dale, que ya está, ¡que no quiero más!, *Vale, llevo bandeja, no levantes, por favor*, a ver esta, Trae zapatos, por favor, ¿están limpios?, este capítulo ya lo han echado, dónde se habrá metido esta mujer, y cómo la llamo, era... ¡coño!, que no me acuerdo, a tocar otra vez la campanita, al final se me va la mañana y no hago nada de nada, Ah, aquí estás, *Abuelo, usted hablas con Beatriz, tomas teléfono*, ¿Mi hija?, a que la has llamado tú, qué cabezota eres, So...

—¿Papá?

—Papá.

—Buenos días. Cómo estás.

—Yo, fenómeno. Y tú, cómo estás.

—Muy bien, aquí trabajando. Oye, que después voy a casa, ¿vale? Hoy salgo un poco más tarde, pero te veo seguro.

—Después, siempre después.

—¡Papá!

—Que sí, que está bien.

—Vas a salir a dar un paseo con Sofía, ¿verdad?

—No, hoy tengo que ir al despacho.

—Papá, mira, no hace falta, luego...

—Mira tú, que sí hace falta, so pedazo, que tengo que buscar unos papeles muy importantes y no me hacéis caso.

—Papá...

—¿Qué?

—Hacemos una cosa, tengo evaluación de tres alumnos de compensatoria y después unos padres citados, no me da tiempo ni de ir a comer a casa, pero te prometo que, aunque acabe tarde, me acerco a verte y hablamos de esos papeles.

—Promesas, promesas y más promesas. Bah.

—Papá, por favor.

—Que está bien.

—Cándido tiene controlado lo de los papeles, ¿no te acuerdas de que lo hablaste con él ayer?

—¿Ayer?

—Sí, tranquilo, está solucionado. Confía en mí, guapo, más que guapo.

—Lo hablamos hoy sin falta.

—Hecho.

—No, hecho será cuando encuentre yo los papeles.

—Que sí, papaíto, seguro que se encuentran.

—Está bien. Al final siempre te sales con la tuya. No tendrás alumnos que puedan contigo. Ni padres. Eso sí que es seguro.

—¡Vaya, hombre!

—Que está bien así, anda, adiós.

—Pero no te enfades. Te lo he prometido, ¿no? Pues ya está. Y ahora tú prométeme que vas a ponerte la bufanda y los guantes y vas a dar un paseo con Sofía.

—Que no seas de tu pueblo, Beatriz. ¡Que no quiero bufanda! Esta mujer me relía el pescuezo tan fuerte que no puedo ni mover la cabeza. Parezco la estatua de un viejo ahorcado.

—Ay, papá, que hace mucho frío hoy. Venga, vamos a portarnos bien, ¿eh?

—¿Portarnos bien? Más quisieras tú tener un padre como yo.

—El mejor tengo, iguapo! Mira, sales y me compras el pan, que me viene estupendamente.

—Oye, y la silla de ruedas esta, cuándo hay que devolverla.

—Papá, la silla no hay que devolverla. Es tuya.

—Pero cuando me ponga bien habrá que llevarla al ambulatorio, vamos, digo yo.

—Bueno, ya veremos. Tú no te preocupes por eso.

—¿No me preocupo? Desde luego yo no sé cuándo voy a estar como antes. El médico qué dice. Ya nos toca ir, ¿no? Cuándo me voy a encontrar bien, Beatriz.

—¿Tú te encuentras mal?

—Qué preguntas tienes, hija. ¿No ves lo que me cuesta andar?

—Bueno, papá, es normal, las piernas se cansan y... Oye, tengo que colgar ya, que me reclaman por aquí. Después hablamos. Te quiero, papá.

—Y yo a ti, chiqui. Ten cuidaíto.

—*Muak*. Hasta luego.

—Hasta luego. *Muak*.

Y tú, So... no seas babeiaca y no llames más a nadie sin pedirme permiso, ¿te enteras? *Vale, abuelo, yo entero*, Bueno, anda, acompáñame a comprar el pan, pero sin bufanda, *Abuelo, Beatriz dice bufanda, sí*, Que me da igual lo que diga esa niña, mujer, que ya

está bien, yo digo que bufanda no y se terminó la discusión, vamos, esto es el acabose, lo que hay que aguantar, si es que no puede ser.

MISCELÁNEA

(Apuntes para el taller de escritura creativa y crecimiento personal)

Nombre: Beatriz

Apellidos: Martín Fuentes

Edad: cincuenta y tres años

Natural de: Sevilla

Domicilio: C/ Babel, Nº 3, 10º C, Sevilla

Hija de: José y Margarita

Profesión: psicopedagoga

Estado civil: casada

Hijos: Alba, Francisco y Julia

Hermanos: Cándido y Natalia

Aficiones/pasiones: comer, leer, escribir, caminar, abrazar animales, bañarme en el mar, ir al cine, escuchar a la naturaleza.

Una virtud: la perseverancia.

Un defecto: la impaciencia.

Un sueño: escribir una novela.

Un vicio confesable: todos los relacionados con la comida.

Un dato más que me parece relevante: pronto seré huérfana.

Me llamo Beatriz Martín Fuentes. Tengo cincuenta y tres años; un marido: Paco Díaz Sandoval; tres hijos: Alba, Francisco y Julia; dos hermanos: Cándido y Natalia; tres sobrinos: Gonzalo, Santiago y Marta; un buen puñado de amigos, un piso, un coche y una bicicleta. Soy psicopedagoga, trabajo de orientadora en un colegio

concertado y, a pesar de que hay días en los que me gustaría matar a unos cuantos impresentables —alumnos y padres—, disfruto con mi trabajo. Me encanta comer, es sin duda el mayor de los placeres, sí, por encima del sexo, ¡uf, dejémoslo!, es complicado. Sin embargo, llevo casi toda la vida peleando con la báscula. Me pirro por el queso, el vino tinto y el chocolate —aunque no le hago ascos a nada, ni siquiera a las uñas—. No me gusta ir de compras ni mirar escaparates, en realidad me pone de los nervios tener que buscar ropa, supongo que a causa de mi eterna lucha titánica contra los malditos kilos. Siempre he sido gordita —bastante menos de un tiempo a esta parte—. Así son las cosas. Como decía mi abuela Carmen, qué mal repartido está todo en este cochino mundo. Tampoco suelo maquillarme, aunque últimamente me ha dado por pintarme los labios, de rojo, rojo chillón. Debe de obedecer a un intento más de apostar por la alegría —cuanto más emperifollada me veas, más hecha polvo por dentro, mayor esfuerzo por maquillar la realidad—. Amo la naturaleza y a los animales. He convivido con perros, gatos, hámsteres, conejos, tortugas, peces, pollitos, canarios, jilgueros, gorriones y hasta con un pavo que a la abuela Carmen se le ocurrió traerse del pueblo de una vecina una Navidad. Correteaba el pobre bicho entre las estrecheces del piso haciendo peligrar su estabilidad —la de la abuela, quiero decir—. No me quiero ni acordar de lo mal que lo pasamos Cándido y yo cuando, al volver del cine con papá, una tarde próxima a las pascuas, destapamos la olla para ver qué manjar estaba cocinando la abuela —la casa olía a gloria— y nos encontramos al sacrificado animal despiezado. Qué ingenuos fuimos, pobre Indio —sí, claro, le pusimos su nombre—, era de lo más noble el bicho, Cándido hasta se montaba en su grupa cual avezado jinete. Fue entonces cuando nos percatamos de cuáles habían sido las intenciones de la abuela desde que le echó el ojo en el corral de Francisquita, engordarlo a base de bien para llenarnos el buche en Nochebuena. Mi hermano claudicó y se

zampó su buena ración, pero a mí no hubo manera de convencerme de que cometiera aquel tremendo sacrilegio. Necesito de cierto orden exterior para conseguir enhebrar algún pensamiento coherente en mi propio caos interior. Odio tener que elegir entre cosas que me gustan o me apetecen. Soy creativa, responsable, impaciente, impulsiva, exigente, intuitiva y tenaz. Actúo como una agonía cuando decido ir a por algo, sea lo que sea. Me apasionan los libros, la lectura es mi principal fuente de proteínas, la mielina que protege mis neuronas de todas las catástrofes imaginables e inimaginables. Escribo, la escritura es una droga para mí, la más estimulante, tentadora, alucinógena. La más dura. La única desde que dejé el tabaco. Adrenalina en vena. Y, aunque esté feo que yo lo diga, no se me da mal.

Anda, mira ella qué vanidosa. Bueno, el año pasado me publicaron mi cuento Yo conocí a Peter Pan en una prestigiosa revista y gustó mucho; he quedado finalista en varios concursos de microrrelatos; todos los meses escribo algo para el periódico del colegio; y en el taller literario, tanto la profesora como los compañeros me animan mucho con sus críticas ¡constructivas!, no como tú que no abres la boca más que para intentar hundirme, así que me doy por satisfecha. ¿Satisfecha? Menudos logros. ¡Qué feliz es la ignorancia! Vaya carrera que llevas, cincuentona. Y taller dices, a cualquier cosa lo llaman escribir, menudo compadreo. Déjate de algaradas y faroles, atiende a la cruda realidad y no seas mema. Nunca jamás serás Lucía Berlín. Y tendrás que tragarte tus palabras a palo seco. ¡Calla, loba/ingrata/traidora/pájaro de mal agüero! Y nunca digas nunca jamás. Podría citarte cantidad de escritores buenísimos que han empezado a escribir a mi edad o incluso más viejos, pero no perderé mi tiempo rebatiendo simplezas. Qué cruel puedes llegar a ser.

En fin, que, a pesar de los años, las crisis, los bajones, las dudas y esa despiadada vocecita impenitente, que ataca mi estima con la artillería más pesada, escribo, quiero escribir, necesito escribir. Es

inútil luchar contra lo que nace en las tripas. Estoy encadenada a esta caverna portátil, que no me deja hibernar en paz. En ella entro a reinventar el mundo.

Amo. Odio. Río. Lloro. Leo. Disfruto. Como. Bebo. Duermo. Grito. Callo. Cuido. Aconsejo. Aprendo. Prometo. Obedezco. Beso. Miento. Rompo. Abrazo. Sueño. Creo. Pienso. Dudo. Confío. Desconfío. Me ilusiono. Me decepciono. Me lamento. Me quejo. Me cabreo. Relativizo. Me arrepiento. Discuto. Valoro. Gano. Pierdo. Celebro. Olvido. Recuerdo. Controllo (a ratos).

Y, como habréis notado, a veces, hablo sola.

